

Lo danzante

Una noveleta lírica de Manuela Buriel

(adelanto editorial)



SE CUMPLE UN SIGLO DE LA PEREGRINACIÓN que Espiral y Trazo realizaron siguiendo el cauce del Llobregat. Peregrinaje que empezó cuando Espiral ató una piedra a un cordel para lanzarla a las fuentes donde nace el río. Después se anudó el cabo libre del cordel a uno de los aros de su oreja izquierda, dispuesta a desplazarse montaña abajo, acompañada de Trazo, a la misma velocidad que lo hiciera el guijarro arrastrado por las aguas. Al principio, el ritmo de bajada fue vigoroso; pero muy pronto debieron aguardar semanas para avanzar apenas un par de meandros. La piedra, de erosionable naturaleza calcárea, cambió de forma a lo largo del viaje. Parecía que esa materia inorgánica estaba, en realidad, un poco viva. Si la escogieron por su parecido con un corazón de cordero, a la altura de Sallent se había convertido en una vulva humana y ya cerca de la desembocadura adquirió su definitiva forma de renacuajo. Así es como se exhibe ahora, incrustada en el pomo de la puerta que protege la casa

donde vivió la pareja, en uno de los bloques de pisos que bordean el gran Paral·lel barcelonés.

Esta constituyó su principal refugio a lo largo de muchas décadas. Una casa de apenas sesenta metros cuadrados, que a día de hoy continúa abarrotada de innumerables objetos, libros dispares escritos en lenguas antiguas, vinilos o cedés fuera de sus carátulas, lienzos y cuadros que se amontonan en las paredes, por el suelo, cuelgan del techo. Ninguno de los eventuales visitantes ha osado llevarse nada de la casa durante estos años. Y eso que entre las estanterías, que cubren la pared de la sala de estar, se esconden tesoros de inmenso calado; por ejemplo, una primera edición de *Llibre d'amic e amat*, anterior a la invención de la imprenta, o una revista callejera sobre la vagancia, impresa y manufacturada artesanalmente tres décadas atrás por un grupo de diletantes barceloneses, cuya tirada de cien ejemplares acabó, por uno u otro motivo, olvidada y revuelta con los demás desperdicios en los vertederos de la ciudad, a excepción de la copia que guardó la pareja.

En la habitación de los disfraces (llena de tules, coronas, alhajas, juegos de uñas postizas, lentejuelas adhesivas, parches de ojo, pelucas de cabello natural, corsés y demás abalorios con los que engalanarse y bailar) se exhiben otros tres objetos que Espiral y Trazo conservaron con fetichista adoración. Se trata de un gigantesco espejo, el diploma de un marinero y un viejo pagaré que pertenecieron a la primera habitante del piso: una popular cabaretera que triunfó en los escenarios del Paral·lel durante las primeras décadas del siglo pasado. Conocida como Luz Adorada, esta artista del vodevil se hizo famosa por compaginar

magistralmente la insinuación erótica con las aspiraciones libertarias de la ciudad. El espejo, que solían utilizar Trazo y Espiral para adecuarse los disfraces y maquillarse el rostro, a Luz le sirvió para ensayar los voluptuosos contoneos que luego practicaba sobre los escenarios. El marinero del diploma había sido uno de sus amantes más estimados, un noruego con cuerpo de montaña y cima pelirroja, que la visitó el primer domingo de cada mes durante más de veinte años. Y el pagaré, enmarcado en plata, daba testimonio burocrático del pago de su última cuota de la hipoteca, con la que Luz se hizo propietaria de esta vivienda. Constituía uno de los grandes orgullos de la vedete el haber podido completar la compra de la casa en muy pocos meses, gracias al dinero que se ganaba todas las noches de la semana en alguno de los cabarets que colmaban la gran avenida del Paral·lel.

Desde el apartamento, pese a alzarse sobre ese mismo bulvar, nunca ha podido contemplarse la popular selva de guiñoles, pues su balconada se asoma hacia el otro lado, hacia un estrecho patio de luces, donde una decena de bloques se dan la espalda entre sí. Esta es la cara oculta de la ciudad: fachadas jamás restauradas, repletas de grietas, desconches y manchas de humedad; balcones que sirven de almacén y tendedero, donde los vecinos salen a cortarse las uñas para lanzárselas a las gaviotas, que las engullen al vuelo. En estas entrañas urbanísticas se habita un silencio de pueblo, pudiéndose oír el canto de algún pájaro doméstico o las conversaciones familiares, con palabras comunes citadas en veintinueve idiomas distintos, audibles sobre todo ahora en verano, cuando los vecinos tienen que dejar las ventanas abiertas para combatir los perturbadores calores

que se están alcanzando en este 2039. El ir y venir de la gente, los lúmeros y las bicicletas, los corrillos danzantes, todo eso parece quedar a quilómetros de distancia, pese a que en realidad se encuentre al otro lado, frente a la cara norte del edificio.

Un único elemento de la Barcelona pública puede otearse desde el balcón. Se trata de las tres chimeneas de la central eléctrica La Canadencia. Los tres colosos doblan en altura cualquier bloque de viviendas de la zona; por eso alcanzan a verse desde el balcón, allí a lo lejos, rompiendo el horizonte como tres columnas rojas que sostuvieran el cielo, convirtiendo el paisaje en un indescifrable símbolo alquímico.

A los pies de esas mismas chimeneas, un domingo de marzo de hace ciento veinte años, se citaban tres obreros de La Canadencia para acudir a un encuentro clandestino con el que espantar el drama, el hambre y el sufrimiento que protagonizaban desde hacía muchas semanas. Al encontrarse, se abrazaron como si hiciera meses desde la última vez, cuando recién se habían visto la noche anterior. Compartían un atuendo similar, una suerte de traje con camisa y corbata que en sus cuerpos obreros lucía como involuntaria parodia de burgués. Para mayor contraste, entre vestimenta y espíritu, el más alto de los tres cojeaba ostensiblemente debido a una tierna cicatriz que cosía su muslo; además, cargaba a la espalda un fardo de esparto, manchado por una gran costra de sangre humana.

La avenida se descubría oscura y desierta; a excepción de algún cuerpo militar, escoltando pesadas armas de artillería, nadie recorría el Paralel aquella noche, y si alguien lo hacía

era refugiándose en las sombras de los porches o escabulléndose por las callejuelas colindantes del barrio del Poble Sec. Así lo cumplía el trío de trabajadores que se había reunido bajo las chimeneas, obligados a transitar las sombras más espesas para escalar la ancha vía. Afortunadamente, no les resultaba difícil trazar ese camino entre tinieblas, pues la ciudad entera se hallaba sin luz. Apenas, a través de alguna ventana, temblaba la opaca luminosidad de una lámpara de gas, pero ni rastro de alumbrado público o de los centelleantes carteles a las puertas de los cabarets. Y es que el cableado eléctrico, que tejía una tela de araña de cobre sobre las fachadas de Barcelona, se balanceaba inerte debido a una huelga que había vaciado las centrales eléctricas, como La Canadencia, y también las fábricas, los talleres, los telares, las imprentas, los tranvías, los comercios y cada una de las calles de la urbe. Por lo tanto, los tres obreros recorrían la avenida bajo la más absoluta nocturnidad; y, pese a que ellos lo desconocieran, no dejaba de resultar crucial (desde un punto de vista geomántico, si se quiere) que, en su camino hacia la plaza de las Arenas, se deslizaran a ciegas sobre uno de los paralelos terrestres, aquel que se encuentra exactamente en la latitud $41^{\circ} 22' 34''$ del hemisferio norte. Línea imaginaria que se utilizó para trazar el Paralel durante su construcción, en octubre de 1874.

Fue el astrónomo Hiparco, en una Alejandría esplendorosa y a salvo de las llamas cristianas aún por cinco siglos, quien imaginó por primera vez el cuerpo terrestre como una esfera aprisionada en un enrejado de meridianos y paralelos. Tal ficción geométrica habría de servirle al Imperio ateniense para desarrollar sus artes marítimas y, por tanto,

colonizadoras; de igual manera que hicieron, después de ellos, todas las grandes potencias mundiales, orientándose en las lisas e inconmensurables aguas oceánicas gracias a unos cuadrantes invisibles. Queda para los urbanistas barceloneses del XIX el motivo por el que decidieron delinear la avenida del Paralel resiguiendo uno de esos cuadrantes; por su parte, a los tres trabajadores que la recorrían en soledad aquel marzo de 1919, con toda seguridad no les hubiera parecido relevante esta coincidencia geográfica. Sin embargo, más allá de los planes de los unos y las andanzas de los otros, la única certeza absoluta es que el Sol, sea cual sea el mes o la estación, cada jornada del año sobrevuela esa avenida en una alineación perfecta. Asomándose por el nacimiento de la vereda, allá en el mar Mediterráneo, escalándola a lo largo del día, para ocultarse tras la plaza en la que desemboca el Paralel. Una conjunción entre el gigantesco cuerpo celeste y esta travesía solar que, sin lugar a dudas, ha de influir en la vida que brotará sobre sus pavimentos según se sucedan las décadas o los siglos.

En sus inicios, la construcción de la avenida sirvió para emprender la urbanización de una nueva metrópolis, desbordando los límites de la originaria ciudad gótica y sus arrabales. El Paralelo nació como un ancho sendero de tierra y barro, con los restos de la muralla medieval a un lado y pequeños campos de cultivo al otro. Muy pronto, destartadas barracas construidas en madera y chapa empezaron a brotar entre los herbazales colindantes. Ofrecían, aquellas efímeras edificaciones, todo tipo de fórmulas de evasión para los miles de migrantes que habían venido a la capital catalana en busca de trabajo. Familias enteras dispuestas a

ceder la fuerza de sus piernas, brazos y pulmones, para alzar una nueva urbe alrededor de la vieja Barcelona, a cambio de bajos salarios y un recibimiento hostil por parte de los pobladores locales. Esta multitud trabajadora, recién llegada, hallaba sus únicos momentos de alegría y placer en esta fangosa avenida gracias a las licorerías, los circos, los teatros populares, los diminutos cabarets o los clandestinos burdeles que aquí se multiplicaban. Según pasaran los años, un puzzle de adoquines ocultaría el suelo arcilloso y las enclenques barracas eclosionarían, transmutando sus paredes de madera en sólidos tabiques de ladrillo y cemento. Crecerían nuevos teatros, germinarían decenas de edificios donde antes se hallaban los huertos de lechugas y tomateras. Para, en cada anochecer, seguir engullendo una variopinta algarabía de obreros y obreras gozando de su breve tiempo de descanso, trezándose con churreros, cacahueteros, naranjeros; con el Noi de la Tona, el sacamuelas y Ferrán Smith, preconizador de callicidas; con una señora borracha balbuceando algún monólogo teatral; los muchachos anunciadores del cinematógrafo, ese nuevo fenómeno; gorrinos amaestrados; saltimbanquis; aquella pareja de marineros con los brazos enhebrados; cantaoras y cancanes; con Julita, la gitana vendedora de esponjas vaginales y esquejes de romero; figuras de cera recreando macabros hechos históricos, como los cuerpos de tres aristócratas destripados por las bombas del Liceu; quirománticas, echadoras de cartas, ocultistas y astrólogos; tal vez algún anciano desvalido y lloroso que calza, sin conocer el motivo, unos bellos zapatos de tacón; y, entre tanto griterío, oyéndose de fondo como el oleaje de un caótico mar, la desvencijada música

compuesta por el famoso Federic Llobert, un particular hombre orquesta que siempre marchaba con su bicicleta, a la que había incorporado hasta dieciocho cachivaches acústicos que se activaban con el continuo pedaleo, emitiendo estrafalarias y disonantes sinfonías según iba circulando por la rúa.

La noche en la que los tres trabajadores recorrían furtivamente el desolado Paralel, disfrazados de burgueses para confundir a posibles pistoleros, todos aquellos seres callejeros se habían reunido en un lugar distinto, aunque no muy lejano. Se encontraban ahí mismo, en la plaza de toros que coronaba la cima de la avenida. Vista desde fuera, la plaza se antojaba tan vacía como la calle. Una vez dentro, la realidad se descubría bien distinta; como un artrópodo inmóvil, cuyo exoesqueleto se confundiera con el de un cadáver pero en su interior latieran con plenitud un racimo de corazones. Los trabajadores que habitualmente festejaban en sus ratos de ocio sobre el pavimento del Paralel, hoy se hacinaban con delirio y carnalidad en la arena del coso; al resguardo de esa muralla circular, construida hacía diecinueve años para albergar rituales de muerte, que esa noche, por contra, habría de dar cobijo a una liturgia de adoración a la vida. El trío recién llegado se deshizo de los trajes y corbatas, que lanzaron a los toriles, para lucir sus uniformes de operarios y zambullirse expectantes en aquel organismo formado por la comunión de cientos de hombres y mujeres huelguistas. Unas cuantas velas y lámparas de gas iluminaban tenuemente el lugar. Las luces recorrían el ruedo como luciérnagas buceadoras, colgadas al cuello o en candelabros o portadas sobre cabezas regadas de cera.

De vez en cuando, una pequeña cuadrilla escalaba hasta el palco presidencial, donde escenificaba algún tipo de discurso, poema o canción. Nunca era de manera individual; el escenario lucía abarrotado de oradores, que aullaban rotándose el turno de palabra, como una manada de hienas contagiándose la risa. Desde ahí arriba se homenajeó a los más de tres mil trabajadores presos durante las semanas de huelga. También insultaron a Bravo Portillo, comandante en jefe del *paraejército* de pistoleros que se dedicaban a matar a plena luz del día, por la espalda, a los cabecillas de la rebelión obrera. O recordaron el esplendoroso alzamiento bolchevique allá en la nueva Rusia, cuya evocación siempre servía como haz de victoriosa sangre foránea engordando las arterias propias.

Las palabras, más que por su contenido, impactaban en la carne presente por la cadencia con la que eran dichas. Si de alguna manera se comunicaba aquella multitud, no era tanto mediante un lenguaje articulado, cuyo sentido se perdía entre el bullicio, como por un eléctrico código superficial que se transmitía con el simple contacto de piel con piel. Y aquel circuito humano gozó de su más alta electrocución cuando Luz Adorada ocupó el centro del palco. Entre las primeras filas se encontraban Espiral y Trazo, quienes aún no se conocían; también el marinero venido de Noruega, cuyo diploma continuará adornando las paredes de la casa ciento veinte años más tarde; junto a él, los tres trabajadores de La Canadencia, celebrando la presencia de Luz como el advenimiento de una líder implacable. Antes de arrancarse a hablar, la mujer recorrió el palco de lado a lado, igual que una pantera a la que hubieran arrebatado

la selva para abandonarla en el marmóreo vestíbulo de una lujosa casa burguesa.

Hem de estar agradecidos i lluitar per a que no es pari el Paral·lel; ni que sigui en aquest raconet, en aquesta plaça, s'ha de mantenir la llama. Arribi on arribi la lucha, encara que resonin els disparos dels pistoleros i ens haguem de venir a desagnar a aquesta arenosa pista de ball, igual que els toros. Si allà a Montjuïc ens tanquen a tres mil, aquí ballarem tres mil uno. Os vulia recordar el que va passar just ara fa deu anys. Sí, fa deu anys, igual que avui, el ejército se puso en fila de dalt a baix de l'avinguda, rifle en mano, per evitar que vinguessim al Paralelo a celebrar la rebotla. Si us he de ser sincera, us he de dir que jo esto només ho sé de oídas, pues durant aquella setmana de 1909 a mi em tenien tancada a la presó, aquí a prop, en la de la Reina Amalia. No us explicaré per qué em van tancar, però us enseño una mica de pitram porque us feu una idea. La cosa és que, si a Barcelona l'exercit va evitar la xaranga, allà, dins de la càrcel, sí que va ser una festa.¹

1 Debemos estar agradecidos y luchar para que no se pare el Paralelo; aunque sea en este rinconcito, en esta plaza, debe mantenerse la llama. Llegue a donde llegue la lucha, aunque resuenen los disparos de los pistoleros y tengamos que venir a desangrarnos a esta arenosa pista de baile, igual que los toros. Si en Montjuïc nos encierran a tres mil, aquí bailaremos tres mil uno. Os quería recordar lo que pasó justo hace diez años. Sí, hace diez años, igual que hoy, el ejército se puso en fila de arriba a abajo de la avenida, rifle en mano, para evitar que viniéramos al Paralelo a celebrar la revuelta. Pero debo ser sincera, os tengo que decir que yo esto lo sé de oídas, ya que durante aquella semana de 1909 a mí me tenían encerrada en prisión, aquí cerca, en Reina Amalia. No os contaré por qué me encerraron, pero os enseño un poco de teta para que os hagáis una idea. La cosa es que, si en Barcelona el ejército evitó la charanga, allí, dentro de la prisión, sí que fue una fiesta.